



COMENTARIOS

REVISION DE PROCESOS

El Senado francés ha votado, por fin, por 199 votos contra 64, la ley de amnistía. Sabido es que el nudo del problema estaba en la aplicación de esa ley a los señores Caillaux y Malvy, y que éstos no obtuvieron, sobre todo el primero, esa mayoría de votantes a su favor, ni mucho menos.

Pero ahora Caillaux y Malvy no se aquietan con la amnistía, en lo que hacen muy bien, y anuncian que pedirán la revisión de sus procesos. Con lo que se promoverá una lucha tan fecunda y tan purificadora como la que se produjo con ocasión de la revisión de la condena de Dreyfus y que sirvió para poner en claro los procedimientos que seguían aquí, en Francia, los Consejos de guerra al servicio del nacionalismo. Se vió entonces a algún general poniendo la mano sobre la cruz de su espada jurar en falso, pues cuando se trata de lo que se llama salvar a la patria encontraría confesor que le dijese que es, no ya licita, sino santa, la mentira.

Caillaux y Malvy piden la revisión de sus procesos, y sus malos jueces exclaman: «Queremos el olvido, y eso no es el olvido!»

Naturalmente, eso no es el olvido. Y amnistía quiere decir olvido. Pero cuando el olvido, cuando la amnistía, como en el caso de Malvy y en el de Caillaux también, significa borrón y cuenta nueva, entonces el olvido, la amnistía, es una de las mayores desgracias morales que pueden caer sobre un pueblo. Y el buen pueblo francés, el pueblo francés liberal, democrático y republicano no debe olvidar, no puede olvidar. No debe olvidar mientras esos energúmenos de la Acción francesa y los bloconacionalistas sigan infestando a la patria con sus campañas anticivilizadoras.

Las amnistías de borrón y cuenta nueva son siempre un retroceso en la marcha de la civilización. (Y damos a esta palabra civilización su verdadero sentido; el que de su derivación se obtiene.) Y son un retroceso, porque al borrón que la amnis-

tía supone no se sigue cuenta nueva.

En el caso de Malvy ha ocurrido algo trágico. Poincaré, que conocía la falsedad de las acusaciones dirigidas contra aquél, se calló, siendo presidente de la República, para servir a los rencores que representaba Clemenceau; se calló después siendo presidente del Consejo, y ha sido ahora, ¡ahora, al votarse la amnistía!, cuando ha declarado la verdad de lo que sabía. Y con tales gentes, ¿cabe fiarse en la cuenta nueva de después del borrón?

Tienen razón Caillaux y Malvy al no aquietarse con la amnistía con que se les brinda, al no resignarse al olvido y pedir la revisión de sus procesos. La democracia civil francesa no puede—y no puede porque no debe—consentir que esa amnistía, que ese olvido signifique un borrón que permita volver a las andadas.

Fundamentalmente son los malos jueces que condenaron a Caillaux y a Malvy, son los que a nombre de razón de Estado violentaron la justicia, son ellos los que piden el olvido, son ellos los que piden la amnistía. La amnistía habría de ser para ellos, para los malos jueces, para los prevaricadores, y no para los condenados. Y a este infame engaño no puede, no debe prestarse la democracia francesa. Y esto, sea cual fuere la simpatía o antipatía que personalmente suscite Caillaux, porque no se trata de la persona, sino de sus actos.

En cuanto al pobre Poincaré, claro está que pecó, y pecó gravemente, siendo presidente de la República y después presidente del Consejo; pero bien castigado queda, y no es de creer que vuelva a puestos públicos en que silencio y proteja la injusticia. De lo que la democracia civil francesa tiene que defenderse es de los energúmenos nacionalistas, que aunque se llamen liberales y demócratas y republicanos, sostuvieron contra justicia a la razón de Estado de los jueces prevaricadores.

Y no hay que olvidar que fué el asunto Dreyfus el que empezó el saneamiento de la civilización francesa.

MIGUEL DE UNAMUNO

